



AVISO LEGAL

Artículo: Memoria comprometida y fecundante

Autor: Cerutti Guldberg, Horacio

Fue publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*. Nueva época, vol. 6, año VI, núm. 36 (noviembre-diciembre de 1992), ISSN: 0185-156X

Forma sugerida de citar: Cerutti, H. (1992). Memoria comprometida y fecundante. *Cuadernos Americanos*, 6(36), 207-213. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

D.R. © 1992 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510
México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México.

<https://cialc.unam.mx/>

Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este contenido en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



Con la licencia BY-NC-ND usted es libre de:

- > Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- > Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- > No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- > Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

MEMORIA COMPROMETIDA Y FECUNDANTE

Por *Horacio CERUTTI GULDBERG*
CCYDEL, UNAM

Para Arturo Ardao, en su octogésimo aniversario.

NUNCA ESTAREMOS SUFICIENTEMENTE AGRADECIDOS a ese grupo de amigos —nuestros maestros sin más— que reconstruyeron la historia de un pasado filosófico propio, mientras daban la batalla por la afirmación de los derechos de un filosofar latinoamericano. Ese grupo de clásicos, integrado, entre otros, por João Cruz Costa en Brasil, Augusto Salazar Bondy y Francisco Miró Quesada en Perú, Guillermo Francovich en Bolivia, Leopoldo Zea en México, etcétera, tiene en Arturo Ardao del Uruguay, a uno de sus miembros más consumados y rigurosos en el uso preciso del concepto y en el proceder historiográfico.¹ El agradecimiento y la admiración no nos eximen de pronunciar palabras propias. Sabemos que difícilmente podríamos hacerlo —ni medir siquiera esa 'propiedad'— de no contar con las tradiciones que estos maestros pusieron a disposición, justamente por revivirlas y encarnarlas prologándolas con inigualable entrega. Infatigables en esa entrega, nos exigen con su ejemplo, más valioso —con serlo y mucho, según venimos diciendo— que las mil y una palabras por ellos acuñadas o resignificadas. Esa exigencia implica reconocimiento a la tarea cumplida y acicate permanente para no eludir la responsabilidad que nos toca.

Preocupados como estamos más por estimular la lógica del descubrimiento y la producción filosófica entre nosotros, con la dimensión crítica que le es inherente, más digo que con un juicio frío y distante —supuestamente 'metodológico'— sobre lo ya producido,

¹ Son trabajos del mismo Ardao los que ayudan a comprender y evaluar esta etapa. Cf. *Filosofía de lengua española*, Montevideo, Alfa, 1963; *La inteligencia latinoamericana*, Montevideo, Universidad de la República, 1987.

adquiere renovado interés la aproximación reiterada a la labor de estos maestros.

Estas páginas surgen con ocasión de las que en homenaje a Arturo Ardao dedicará *Cuadernos Americanos*. Tienen, por tanto, un alcance circunstancial, aunque resulta imposible ocultar que surgen también como producto de una admiración largamente madurada desde tiempos estudiantiles y lecturas dispersas, confirmada en los últimos quince años por una amistad tejida en fugaces encuentros, intercambio prolífico de publicaciones y breves líneas epistolares. Son páginas modestas que aspiran, en el mejor de los casos, a compartir algunas reflexiones surgidas de ese trato con el autor y sus obras, a la espera de mayores y mejores estudios de vida y obras tan estimulantes e imprescindibles si queremos estar a la altura de los tiempos y de nuestras responsabilidades. Poco se podría hacer en términos intelectuales si estuviéramos librados a los puros esfuerzos individuales, si no supiéramos que formamos parte de un gran equipo internacional en el que se labora con conciencia de integrarlo y con el ánimo de desarrollar un proyecto común, el cual no sólo no obstaculiza la expresión de rasgos individuales, sino que fomenta la creatividad.

En una visita reciente que he tenido la ocasión de hacerle en Montevideo, conversamos durante algunas horas sobre aspectos fundamentales de su obra. Quizá, con un poco de angustia, actué como quien tiene que aprovechar esa oportunidad en términos de ahora o nunca. Lo atosigué a preguntas, pasando y saltando de un tema a otro y de un período histórico a otro. No supe qué admirar más, si su lucidez constante, profunda, iluminadora o su don de gentes, subhomía, su sentido del humor. Se la pasó conmigo casi todo el resto del día. Nos separamos sólo algunos minutos para comer, pues yo tenía una invitación previa, y nos volvimos a encontrar en una reunión de profesores de filosofía en la Pontificia Universidad Católica. La plática se prolongó en el café de la Universidad —como en los viejos tiempos...— y culminó en una conferencia —la segunda— que pronuncié en Montevideo en esta visita. Conferencia que significó para mí el inmenso honor de tenerlo entre el público y el esfuerzo de entregar mis últimas reservas físicas y mentales, después de un día agotador que comenzó muy temprano en Radio Sarandí y que se prolongó, sin un minuto de descanso, hasta ese momento. Él estaba fresco como una lechuga recién cortada cuando me despidió en la puerta de la Universidad y se fue por

la noche de Montevideo a tomar un colectivo... Se produjeron en esas pocas horas hechos magníficos, que recién ahora puedo valorar en su auténtica dimensión. Se había reunido, con la presencia patriarcal y entusiasta de Arturo Ardao, un grupo de filósofos uruguayos para discutir sobre el desarrollo de la actividad filosófica en el país y para estrechar las conexiones con el resto de Nuestra América Latina. Desde la dictadura, según ellos mismos destacaron, no se realizaba una reunión como ésta. Me dio satisfacción, y lo señalé públicamente, que mi visita fuese el pretexto para este intercambio y para el inicio, según me confirmó posteriormente Jesús Rey por teléfono, de una serie de reuniones de discusión e intercambio académico intensivo. Varias generaciones, diversas formaciones y un anhelo común: colaborar a un renacimiento del quehacer filosófico uruguayo, a la altura de sus grandes momentos históricos y de los desafíos presentes.

No podría reproducir ni, mucho menos, resumir lo que hablamos en su departamento con Ardao en esas horas de diálogo intenso y de especial calidad. Sin embargo, fue demasiado importante para que quede sólo entre la bruma de un recuerdo privado. Debo hacer público al menos algunos aspectos de esa plática, un mínimo saldo intelectual de lo que allí ocurrió.

Me dejó bien en claro que su actividad filosófica se gestó en el seno de un círculo íntimo amical, integrado por Carlos Quijano (el compañero mayor y quien extiende sobre los demás su autoridad moral, su magisterio cívico), por Julio Castro y por él mismo.² Este círculo se desarrolla en la vida periodística, universitaria, política, pública.

A pregunta expresa acerca de la 'apariencia' de academicismo 'puro' de su producción filosófica, con un golpe en el costado del escritorio y levantándose de su sillón me indicó que siempre había sido una vida de militancia y entrega política. Recordó su primer artículo periodístico, dedicado a la integración económica de América Latina... y su convivencia con Basilio Muñoz. Sobre éste escribió,

² "Quijano Maestro", en *Chasque* (Montevideo), viernes 17 de agosto de 1984, pp. 2 y 3; "Introducción General" a las obras de Carlos Quijano, *Los golpes de Estado (1933 y 1942)*, Montevideo, Cámara de Representantes, vol. I, t. I, 1989, pp. XVII XLV y "Prólogo" a *América Latina: una nación de repúblicas*, vol. III, t. I, 1989, pp. XVII XLI; "Julio Castro ¡Quince años después!", en *Cuadernos de Marcha* (Montevideo), agosto de 1992, pp. 26-27.

junto con Castro, su primer libro, con prólogo de Quijano, reproducido años después por *Cuadernos de Marcha*.³

Una pregunta deslizada más adelante se imponía. ¿Donde aprendió —este hombre que saca de carpetas perfectamente ordenadas los documentos originales confirmatorios de los detalles que va recordando— esa precaución y cuidado en el trato con los documentos, esa hasta manía de asentar en la documentación sus afirmaciones, ese rigor en la cronología, ese ordenamiento de la crítica? Con toda naturalidad me respondió que estudió abogacía, luego se dedicó a la historiografía de las ideas por decisión propia y no estudió en ninguna institución formalmente esas técnicas y procedimientos. Lo hizo así, porque así lo exigía el proyecto intelectual en el que se inscribió por razones políticas de afirmación cívica. Me quedé pensando en la ineficacia relativa de la formación escolarizada.

Mucho se aprende de la meditación sobre los trabajos de Ardao. No es quizá su enseñanza menor la relativa al carácter de la memoria histórica y a la necesidad de su reconstrucción crítica. ¿Apuesta historicista? Explícita y expresamente asumida por el maestro uruguayo. Memoria no es equivalente a pura cronología, aunque la deba incluir como un recurso necesario. La memoria vigente y operante en el presente reclama, como supuesto ahora sí suficiente, una reconstrucción de las tradiciones intelectuales con sentido crítico y conciencia alerta. Sólo merece el nombre de memoria aquella reconstrucción que eslabona y reencadena momentos explícitamente conscientes. Uno de los requisitos de esa reconstrucción es que exhibe los escalonamientos conceptuales de modo verosímil.⁴ En todo caso, para ningún lector atento de sus textos pasará inadvertido que Ardao se inscribe —prolongándola consciente, voluntaria y activamente— en la afortunada tradición que en Uruguay

³ Arturo Ardao y Julio Castro: *1875-1935 Sesenta años de Revolución (Vida de Basilio Muñoz)*, reproducido con este título y subtítulo en *Cuadernos de Marcha* (Montevideo) núm. 56, diciembre de 1971, 64 pp.; cf. también: Arturo Ardao, *Viejos recuerdos del Centro de Estudiantes de Derecho*, separata de la Revista del CDE, Montevideo, t. XXII, núm. 92, año 1967, pp. 9-15.

⁴ Arturo Ardao: *Etapas de la inteligencia uruguaya*, Montevideo, Universidad de La República, 1971; *Nuestra América Latina*, Montevideo, Ediciones de La Banda Oriental, 1986; *Romanía y América Latina*, Montevideo, Biblioteca de Marcha y Universidad de La República, 1991.

jalonan simbólicamente los nombres de Artigas, Muñoz, Rodó, Vaz Ferreira, Quijano y Castro.

Las obras filosóficas se calibran por su rendimiento conceptual. No es importante sólo lo que dicen, sino también los avances que estimulan en la reflexión propia y ajena. En este sentido, algunas obras filosóficas generan un magisterio amplificador de la pedagogía del maestro, mucho más allá de los restringidos límites de la acción personal. Pocas obras filosóficas latinoamericanas en este siglo son tan fecundas y de tanto rendimiento teórico como las de Arturo Ardao, el gran maestro uruguayo de Nuestra América.

Para muestra quiero detenerme brevemente en una de ellas, testimonio —como todas las salidas de su pluma— de inmensa erudición y de un conocimiento inigualable del pensamiento filosófico en el siglo XIX. Me refiero a su *Andrés Bello, filósofo*.⁵ En este libro, compuesto como la mayoría de los suyos por una colección de trabajos (para el caso elaborados entre 1979 y 1983), Arturo Ardao se propone explícitamente completar, ampliar y prolongar la línea interpretativa propuesta por José Gaos en 1948, con motivo del estudio y edición realizados por este último de la *Filosofía del entendimiento*, obra cumbre de Bello y de toda la filosofía en América Latina durante el siglo XIX. Los estudios de Ardao presentan un análisis exhaustivo de la obra de Bello, desde su iniciación filosófica en Caracas, pasando por la etapa de Londres y siguiendo por su madurez especulativa en Chile.

Mi objetivo en estas páginas no es comentar el texto de Ardao, sino atisbar apenas su rendimiento conceptual. Sin pretenderlo su autor —y así me lo confirmaron sus respuestas a mis preguntas expresas en la entrevista antes mencionada— esta obra se vuelve un instrumento insustituible para aprehender a cabalidad una de las tradiciones intelectuales a las que se incorporara nada menos que José Gaos. Quiero decir, sin el esclarecimiento conceptual que realiza Ardao en este libro, especialmente al mostrar la relación íntima entre la reflexión filosófica y la reflexión gramatical de Andrés Bello, en buena medida es incomprendible el esfuerzo filosófico de José Gaos en una de sus obras sistemáticas fundamentales: *De la filosofía*. Según autorizados intérpretes de la obra de Gaos, éste habría fracasado en su producción general y en esta obra en particular por su desconocimiento de la tradición filosófica

⁵ Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1986, vol. 81.

anglosajona en filosofía del lenguaje y en general del llamado pensamiento analítico. Las debilidades mayores de la reflexión de Gaos se deberían a una reducción del lenguaje y de las grandes cuestiones abiertas por Edmund Husserl en sus *Investigaciones lógicas* a una gramática trivial. Pero, la investigación de Ardao sobre Bello, especialmente sobre su *Filosofía del entendimiento*, que fuera prologada con gran admiración por José Gaos en 1948 para su reedición, muestra que la tradición gramatical en la consideración del lenguaje y en relación de fecundación estrecha con el pensamiento filosófico, traza una línea (de "filósofos gramáticos") que va de la escuela de Port Royal hasta Noam Chomsky en nuestros días, pasando por Descartes y Stuart Mill, hasta culminar en Andrés Bello. Si esta hipótesis fuera mínimamente convincente, ameritaría una relectura de toda la teoría de la expresión que Gaos desarrolla en *De la filosofía* y en *Del Hombre* pero, en vez de abordarla desde la exigencia de lo que Gaos no hizo, se podría iluminar lo que pretendió hacer a partir de las tradiciones más propias y evaluar así con más rigor crítico las limitaciones en su intento y sus virtualidades quizás todavía vigentes. Estas líneas no pueden ser el lugar para intentar siquiera aproximarse a las características de esa relectura, trabajo que bien merecería una buena monografía. Lo que interesa a mis modestos límites es mostrar la riqueza de los esfuerzos del maestro uruguayo que ahora homenajeamos. Solamente estimular una hipótesis como la que nos ocupa, muestra a las claras lo que trato de señalar: lo enriquecedora que puede ser la lectura atenta de sus obras y el valor incontrastable de prolongar sus esfuerzos teóricos, sabedores de que compartimos afanes e ideales, aunque podamos y debemos utilizar otros instrumentos o expresar renovados estilos de reflexión. Ésa es justamente la faz de una tradición cultural e intelectual viva, generosa y pertinente a nuestro contexto cultural. Y una tradición no se prolonga espontáneamente, sino voluntariamente y con controles racionales estrictos y muy rigurosos.

Quizás convenga, para cerrar estos apuntes y abrir más todavía las sugerencias de todo lo que resta por pensar, que indique la respuesta de Ardao a una de mis últimas preguntas, instigada por él mismo durante nuestra plática. ¿Cuál sería la tarea pendiente, lo que haría si tuviese ocasión, tiempo y fuerzas por delante? Se me acercó, casi como para un confidencia cómplice, y me dijo: ¡Metafísica! Para aclarar inmediatamente después: claro con un sentido nuevo, buscando respuestas a interrogantes inéditos abiertos por el

desarrollo científico tecnológico, por la salida al cosmos. Pienso ahora que algunos de los trabajos de su estimulante *Espacio e inteligencia* atisban en esa dirección.⁶ Quizás el gran desafío sea organizar esa reflexión, sin evadir las enseñanzas de toda una vida: compromiso social y honestidad intelectual, fidelidad a los amigos y defensa de principios cívicos de convivencia y justicia.

⁶ Caracas, Equinoccio Editorial de la Universidad Simón Bolívar, 1983.